

Mérito. ¿Coartada o proyecto?

Mauro Basaure
 Académico de Sociología UNAB



El debate sobre el mérito se ha vuelto un laberinto de posiciones extremas. En un extremo, la ultraderecha entroniza el “éxito personal” como trofeo absoluto: quien prospera debe todo a su esfuerzo y no ha de retribuir nada al conjunto social. Para esa lógica, toda política redistributiva es un asalto al esfuerzo del triunfador, y quienes no suben de escalón son culpables de su desventura.

En el otro, la izquierda más anquilosada reniega del mérito tildándolo de engaño “burgués”, como si todo logro individual fuera imposible lejos de un sistema de privilegios. Esa visión niega el papel del empeño, abona el inmovilismo y destruye las bases individuales del crecimiento: el mérito solo puede ser denunciado como engaño ideológico.

Ante semejante choque, sectores de centroderecha advierten la necesidad de igualar un poco las condiciones, pero de forma tímida o meramente cosmética. Sin tener un discurso claro, una centroiz-

quierda algo más ambiciosa impulsa planes de apoyo social y educación universal, aunque a menudo se quedan cortos y generan desengaño si el ascenso prometido no llega. Así, crece la tentación de creer que “el mérito es puro mito” y se refuerza el ala que lo rechaza totalmente.

La propuesta de una renovación socialista, que se ha iniciado como un rico debate en estos últimos meses, aspira a un equilibrio firme: sí al desarrollo individual, reconociendo la autoconfianza y el afán por superarse, pero siempre conscientes de que el Estado y la comunidad brindan cimientos esenciales para que ese esfuerzo se convierta en movilidad real.

Esta visión admite ciertas desigualdades basadas en la dedicación y el talento, siempre que sean y se perciban como legítimas, no fruto de herencias o ventajas opacas. A la vez, exige que el “ganador” reconozca su deuda con la sociedad, retribuyendo parte de su éxito

mediante impuestos progresivos y un compromiso solidario.

Sin reglas justas, el resentimiento se extiende en quienes quedan atrás y la arrogancia crece en los que ascienden sin ver la ayuda recibida. Se quiebra el contrato social y brotan discursos que, o bien exaltan a un “héroe individual”

exento de toda solidaridad, o bien se atrincheran en negar la valía del empeño. Una sociedad así está siempre al borde de estallar.

Solo una reforma ambiciosa —educación sólida, sistemas de protección social estables, procedimientos transparentes— puede asegurar que el mérito sea

un horizonte compartido, no una máscara de privilegios. Bajo ese marco, la izquierda renovada busca combinar motivación personal y justicia colectiva, librando al mérito de su caricatura elitista y de su anulación total, para volverlo una fuerza emancipadora y no otra fuente de frustración.

“Sin reglas justas, el resentimiento se extiende en quienes quedan atrás y la arrogancia crece en los que ascienden sin ver la ayuda recibida”.